

ver su obra: los dos estaban arrodillados mirando y contemplando en silencio aquel juguete. La diaconisa con su afabilidad acostumbrada les dijo algunas palabras en holandés para sacarlos de su embelesamiento, y les dió unas pastillitas.

—¡Oh! me dijo, si, los pobres niños han hecho aquí un mundo mas hermoso que el que nunca verán.

No se pierde de vista á los educandos de la casa; cuando despues de los veinte años llegan á salir de ella, se vela sobre ellos, se les protege, y si llegan á la vejez sin haberse



Huérfanos de la casa calvinista de asilo en Amsterdam.

fundado una familia, ó creándose algunos recursos, se los recibe en un hospicio especial en donde acaban pacíficamente su vida con antiguos compañeros de infancia.

—Se cita, me dijo la diaconisa, muchos que han llegado á ser hombres muy distinguidos en sus profesiones, uno de

ellos, hizo una gran fortuna en la India, y la legó al establecimiento de huérfanos.

Los educandos de esta casa están vestidos de negro, y llevan como señal distintiva una cifra cosida con hilo blanco sobre el brazo izquierdo. ¿Es bueno acaso el haberles im-

SEGUNDA SERIE.—1862.

AÑO XX. 27.

puesto así una especie de librea? La cuestion ha sido frecuentemente debatida; en suma los huérfanos parece mirar su traje más como un honor que como una vergüenza; y encuentran dicen, una gran ventaja en ponerlos así en la precision de respetarse á sí mismos, para no perjudicar al crédito del establecimiento al que todo lo deben.

Los huérfanos y huérfanas que mas atraen la atencion en las calles de Amsterdam, llevan vestidos negros por un lado y encarnados por otro; estos son los colores de las armas de la ciudad. Su asilo sostenido á costa de Amsterdam, está destinado á los huérfanos de la clase de ciudadanos. Se le llama en holandés *Burgre-Wees-Huis*,

Al pasar el Kolnerstraat, se vé una entrada que corona un pequeño bajorelieve de colores bastante curioso. Esta casa se honra con haber educado allí á Van-Spujk, uno de los héroes de la marina holandesa.

Se cita tambien un asilo de huérfanos católicos admirablemente dirigido. Las instituciones caritativas de toda especie, son muy numerosas en Amsterdam, como en toda la Holanda; los desgraciados relativamente, mucho mas raros que en Francia, no aguardan sus socorros del Estado. Hay siempre cerca de ellos alguna asociacion privada cuya proteccion no invocan en vano; cada holandés considera como un deber natural el formar parte de una de estas sociedades, y la caridad se practica desde tan largo tiempo, que las generaciones no han tenido más que seguir el ejemplo de las que les han precedido.

Las conmociones públicas, ora políticas, ora comerciales, jamás pasan la puerta de los asilos del pobre; nada altera allí la vida tranquila. Se vé en la *Diakheim-Wes-Huis*, dos antiquísimos cuadros representando los huérfanos de otro siglo: estas pinturas son la exacta imagen de lo que hoy se tiene á la vista; los mismos trages, la misma expresion de rostros, la misma moral saludable.

Salió del establecimiento de los huérfanos, con el corazon reanimado y conmovido.

## EL PRIMER ARENQUE.

POR ELIAS BERTHET.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS.

(Continuacion.)

### III.

Dejamos al señor Rolly en muy triste posicion, con la boca tapada, liado en una tosca capa y tendido sobre la cubierta de un buque que marchaba con rumbo desconocido. La noche estaba fria y oscura, de modo que era en vano que el preso se revolcase en su cama de cuerdas para tratar de descubrir algo en derredor suyo. De vez en cuando algunos marineros pasaban en silencio á su lado fijando en él la atencion como si fuera uno de tantos fardos allí hacinados. En la proa lucia una linterna, pero con una luz tan débil que al caballero de nada le servia. No hubo, pues, mas re-

medio que conformarse y esperar el fin de tan estraña aventura.

Muchas horas habian transcurrido ya; la brisa fresca de la mañana principiaba á entumecer sus miembros, cuando un hombre con traje de marinero se acercó á él y le dijo en buen francés, con acento un poco irónico:

—Y bien, caballero, ¿estamos siempre con las mismas disposiciones para robar jóvenes? ¿qué os parece este venticillo? me parece que ha debido refrescaros un poco la cabeza.

Rolly reconocia la voz que le habia amenazado en el jardin cuando le cogieron; hizo un ademan suplicante para obtener que le quitasen la mordaza y las cuerdas que le causaban mucho daño, pero el marino despues de titubear un momento:

—No sé si debo dejaros libre la lengua y los pies, de que haceis tan mal uso; dijo mirando á otro personage que permanecia inmóvil y callado á algunos pasos en medio de la oscuridad; sin embargo, si me jurais que no tratareis de escaparos, lo que ademas es muy difícil, podré daros gusto.

El caballero manifestó por medio de otro ademan que consentia en todo, el marino le dió la libertad al punto.

La primera cosa que hizo Rolly en cuanto se vió desatado, fué aspirar una bocanada de aire; despues incorporándose, arrojó en torno suyo una rápida mirada. La barca donde estaba parecia muy grande, pero la oscuridad le impedía ver si la tripulacion era numerosa. Además iban vagando por una superficie de agua cuyos límites no descubrian sus ojos; á derecha é izquierda brillaban una porcion de luces mas á menos cercanas, bajando y subiendo como fuegos fátuos en medio de las nieblas de la noche.

—Pero, ¿dónde estoy? preguntó el preso con tanto asombro como espanto; ¿á dónde me llevan?

—Estais en *la muda*, replicó el marinero con acento burlesco, y vais á la pesca del arenque: ahora mismo estamos entrando en alta mar.

—¡Por cien mil diablos!....

El marino burlesco colocó un dedo en la boca del caballero furioso, y le dijo:

—¡Y vuestro juramento! cuidado con incomodarse, porque la mordaza está ahí cerca.

—¿Me conoceis? dijo Rolly algo sosegado por la curiosidad que aquel hombre escitó en él de repente: ¿quién sois? ¿qué exigis de mí?

—Ya me habeis visto en otro sitio, contestó el marino ¿me reconoceis?

—No.

—Es cierto que no debí llamar mucho vuestra atencion. Sin embargo, ¿os acordais hace cinco ó seis años, de un joven capitán de la marina francesa, llamado Blaville, que se reunia con vosotros los mosqueteros en Versailles? ¿Os acordais que el capitán Blaville tenia por criado un antiguo gramete, un pilluelo incorregible.....

—¡Esperad! exclamó el caballero como repasando en su memoria un nombre que estaba muy seguro de no hallar, porque habia olvidado completamente aun al mismo capitán Blaville, sois.....

—Sanson Willonaud, á quien pusisteis por apodo el *Temible*, porque en todas sus rifas salia vencedor. ¡Oh! por mi parte, yo no os he olvidado, caballero; mas de una vez os

dí el brazo para volver al cuartel de los mosqueteros, al salir de una de aquellas orgías que se tenían en casa del capitán, y mas de una vez impedí la entrada á cierta muger que iba á buscaros.....

—¡Ah! mi muger! interrumpió el caballero á pesar suyo., ya murió.... Pero, añadió volviendo prontamente á la idea de su actual situación; eso no me esplica.....

—¡Ha muerto! repuso Sanson en el tono que se emplea cuando no se quiere responder directamente á una cosa; pues es como aquel pobre Blaville que murió destrozado por una bala de cañon en la batalla de.....

—¿Y qué me importa á mí Blaville y todo eso? exclamó el desgraciado Rolly impacientado. Sanson de todos los diablos ¿me dirás porque me han robado alevosamente?

—Pues bien, dijo el imperturbable marinero, yo habia creido que os interesaria algo más la suerte de vuestro amigo el capitán! ¡Buen amo he perdido! Así despues de su muerte no he tenido una hora buena; he andado vagando por todos los pueblos del mundo sin hallar uno que se le parezca; por fin cansado de todo he vuelto á Holanda, mi patria, y he vuelto á tomar mi antiguo oficio de pescador de arenques. ¡Mal oficio, caballero! muy malo, como lo vais á ver, añadió con acento malicioso, pues teneis que hacer vuestro aprendizaje.

—¡Piedad! exclamó el caballero palideciendo; ¡yo pescador de arenques! Este hombre está loco!

—Nada de eso, respondió el ex-criado con tono insolente. Caballero de Rolly, aquí no estamos en Versalles, ¿gentendeis? Habeis sido cogido en la leva para pescar arenques, y por voluntad ó por fuerza pescareis arenques, como tantos otros á quienes han arrebatado de sus familias para el servicio de la marina de las Provincias Unidas; ¡así no hay mas que tener paciencia! no volveréis á ver la tierra hasta el fin del viage que comenzamos esta noche, y durante este tiempo vuestras nobles manos deberán acostumbrarse á salar arenques y á colocarlos como es debido en los barriles, lo mismo que me vereis hacer á mí y á los demás.

Hasta aquí el caballero habia creido únicamente que era victima de una venganza particular, de la que podia salvarse de un momento á otro; pero cuando las palabras del marinero le descubrieron el abismo en que habia caido, su valor le abandonó y se empezó á quejar de un modo lastimoso, tanto que el marinero Sanson se compadeció y le dijo en un tono de cordialidad grosera:

—Vamos, vamos, no hay que apurarse tanto; dos meses pronto se pasan, y la pesca no dura mas.

Es un poco penoso comenzar tan tarde el aprendizaje, sobre todo un noble que se ha paseado con uniforme de mosquetero por los salones de Versalles. Además nosotros los marineros, que seremos vuestros camaradas, os ayudaremos lo mejor que podamos para aliviar á un principiante, y en fin, en este corto viage aprendereis y vereis cosas curiosas. Primeramente vereis las islas Orcades, hermosas islas, guarnecidas de verdura y altas montañas coronadas de nieve; vereis sacar las redes del agua atestadas de peces plateados y brillantes, y aprendereis los procedimientos holandeses para conservar esos deliciosos arenques que tanta fama tienen en toda Europa, procedimientos curiosísimos, y que no á todos se descubren..... Por último, cuando volvamos á Amsterdam.....

—¡Oh! estoy perdido! estoy deshonorado! exclamó el ca-

ballero sin escucharle, arrojando en derredor suyo miradas de angustia y de espanto.

Sanson le miró un momento clavando en él sus ojos, y acercándose á él le dijo en voz baja entre irónico y sério:

—¿Y por qué diablos quereis robar nuestras jóvenes?

—¿Qué dices?

—Nada, respondió el marinero con aire de misterio.

—Así pues, ¡soy tambien víctima de una intriga, replicó Rolly con indignacion; ¿y creen que me dejaré llevar como un cordero, sin hacer ninguna resistencia? Todavía hay tiempo para tomar un bote y llevarme á tierra, gritaré.....

Sanson se echó á reir, porque en efecto el desventurado Rolly fiaba demasiado en sus fuerzas. Hacía un momento que se habia puesto blanco como un papel; luego se tiró sobre las cuerdas donde le habian echado en un principio con un violento mareo que le hizo perder el sentido.

Cuando recobró sus sentidos era ya muy de día, y se encontró tendido en una especie de cama de campaña en un camarote que habia á popa. A los padecimientos y al desmayo, causados por el mareo, habia sucedido un sueño profundo que le tuvo largo tiempo como en un letargo. De este modo, Rolly cuando se despertó creyó estar soñando viéndose en el sitio en donde estaba. Sin embargo, poco á poco fué recordando lo ocurrido y se arrastró fuera del camarote para buscar la esplicacion de su aventura.

No anduvo mucho; enfrente á la puerta habia un hombre sentado sobre un fardo de velas viejas, que tenia delante un plato de carne y de pescado seco, dos vasos, cerveza y pan. Parecia estar esperando á alguno antes de principiar su comida; Rolly reconoció á Leopoldo Wilkins.

El caballero quiso precipitarse sobre el que suponía autor de todas sus desventuras, pero estaba tan débil que apenas podia tenerse en pié. Leopoldo afectó no notar esta terrible ira; le señaló un sitio á su lado, y le dijo friamente en holandés:

—¿Quereis almorzar, caballero? os estoy esperando.

El caballero rechinó los dientes, y su mano fué maquinalmente á buscar el puño de su espada. Pero su espada no estaba en su sitio acostumbrado, y Rolly echando una mirada á toda su persona, descubrió que le habian cambiado el traje mientras estaba dormido despues de las ansias del mareo. Vióse, pues, exactamente vestido como los marineros que andaban en la maniobra sobre cubierta.

Entonces su furor no conoció límites y se lanzó sobre su enemigo: pero Leopoldo Wilkins habia previsto sin duda este movimiento, porque con un ademán arrojó al infortunado gascon sobre el lio de velas donde él mismo se hallaba sentado.

Sea que esta caida aturdiera al caballero, ó sea que la leccion le aplacase la sangre, lo cierto es que cuando se levantó, mas avergonzado que magullado, su ira se habia disminuido considerablemente, tanto que aun aceptó la mano que su rival le presentaba sin el menor rencor para ayudarle á que se levantase. Rolly, una vez incorporado, miró con una sorpresa estúpida á el que tan fácilmente habia dado con él en las tablas del buque.

Wilkins viéndole tranquilo y sentado á su lado como é se lo ofreció, pareció olvidar el modo brusco con que le habia hecho tomar aquella postura. Principió por ofrecerle un vaso de vino y le dijo:

—Bebed, esto os pondrá bueno.

Este último rasgo acabó de vencer la indignación del caballero. Su furor desapareció de repente, y á pesar de su debilidad y de sus temores, soltó una carcajada que resonó hasta la otra estremidad del buque.

—¿Sabeis, señor de Wilkins, exclamó, sabeis que me habeis jugado una mala pasada que envanecería al pillo más grande de Francia, si allá tuviera marineros y barcos á su servicio para libertarse de un rival?

El holandés respondió con una sonrisa silenciosa que consistía en mostrar durante algunos segundos, dos hileras de dientes blancos cual perlas.

—Reconociendo vuestra habilidad, repuso el caballero que no perdía de vista su objeto, supongo que tendreis la bondad de decirme lo que pensais hacer conmigo ¿Qué significa este trage, este exterior grosero? No puedo creer lo que me ha dicho ese imbécil de Sanson.....

—Pues es la pura verdad, respondió el pescador con indiferencia; esos vestidos son los únicos que convienen á vuestra nueva posición.

La cólera del caballero estuvo muy próxima á estallar nuevamente, cuando recibió aquella fria confirmación de su desgracia. Sin embargo, se contuvo; por un instinto súbito de venganza, tomó el tono irónico á su vez y dijo á Leopoldo:

—A lo que veo, señor Wilkins, habeis creído dar un golpe decisivo sacándome de Amsterdam porque temais sin duda mis proyectos respecto de la señorita Gudula. Desgraciadamente, no lo habeis conseguido sino á medias; me habeis castigado, es cierto, por ser vuestro rival; pero habeis de saber que he dejado detrás de mí una persona que me vengará robándoos vuestra futura.

—¡Ah! exclamó el pescador clavando en Rolly sus ojos azules llenos de sorpresa.

—Sí, repuso el caballero, en el instante en que iba á robar la jóven que se ha burlado de mí de un modo tan cruel, tenía por auxiliar un antiguo camarada, un mosquetero, un diablo, que en cuanto sepa mi desaparición no tardará mucho en ponerse en mi lugar. Así como es más rico, más noble, más jóven y más buen mozo que yo, es muy posible.....

Rolly al hablar así observaba con maligna curiosidad la expresión del rostro de Leopoldo; pero apesar de toda su atención, le fué imposible descubrir la menor alteración en los músculos de aquella cara impassible. Así pues, aceptó el vaso que el otro le ofrecía, y levantándole como para brindar, dijo exhalando un suspiro:

—¡Vamos, vamos, al buen éxito de nuestra pesca! y quiera Dios que volvamos pronto á Amsterdam mas amigos de lo que salimos.

—Ja, respondió Wilkins.

Solo entonces pudo notar Rolly que habia puesto el dedo en la llaga. El jóven pescador estaba un poco pálido, y sus dientes se clavaban en el cristal que llegó á sus trémulos labios.

Aquella misma noche un piloto que volvía á Amsterdam, fué encargado de entregar secretamente á Gudula una carta que contenía estas palabras:

«Vigilancia y alerta con el amigo del caballero, volveré presto.»

## IV.

Al fin llegó la noche del 25 de junio, esa noche solemne que con tanta ansia esperaban los pescadores. La considerable cantidad de buques grandes y pequeños que componían la escuadra holandesa, habia entrado en ese archipiélago peligroso de las Orcades, donde comunmente comenzaba la pesca. Jamás la tempestuosa mar del Norte se habia mostrado tan terrible y agitada; la oscuridad era completa, el horizonte se hallaba rodeado de negros y espesos nubarrones. Un viento fuerte, arrojando del Oeste, levantaba montañas de olas con las crestas hondas y fosforescentes, que iban á estrellarse con estruendo contra los arrecifes de las costas. En medio de aquel caos espantoso, las embarcaciones dirigidas por pilotos hábiles y espertos, luchaban á duras penas contra la tormenta; en la proa de cada una de ellas brillaba una especie de faro, que consistía en un brasero enrejado lleno de carbones ardiendo. Estos braseros colocados un poco atrás, y con el doble objeto de deslumbrar y atraer á los peces, y prevenir los choques entre los buques apiñados en aquel estrecho, aparecían y desaparecían por entre las gigantescas olas de aquella mar embravecida. La escena era grandiosa y terrible, y habria asustado á ojos que no estuviesen familiarizados con este espectáculo, como los de los pescadores holandeses.

Sin embargo, la mayor calma reinaba á bordo de los buques destinados á la pesca; solo algunos hombres estaban vigilantes en la maniobra y los demás medio tendidos en los bancos de los remeros, dormían sosegadamente al zumbido del viento y el rebramar de las olas. A sus pies estaban puestas en orden las redes de seda oscura de Persia, teñidas al humo, que debían servir de un momento al otro; en otro punto de la embarcación se veían toneles vacíos, de madera de encina, donde debían guardarse los arenques, y mas allá habia montones de sal gris de España para salarlos.

Después de haber terminado estos preparativos, las tripulaciones se entregaban al sueño aguardando la hora de la faena; suponemos no se habrá olvidado el juramento solemne de todos los marineros sin distinción que iban en la flota, y debemos decir que aun no habian dado las doce de la noche.

Delante de todas las demás embarcaciones, se veía un lanchon donde reinaba una actividad estremada; los remeros estaban en sus bancos, el piloto se hallaba en el timon, y sobre la proa, alumbrada por la luz roja del farol, se veía en pié un hombre de elevada estatura con los ojos fijos en las olas, y como sumergido en una profunda meditación, empero dando de tiempo en tiempo varias órdenes á los que dirigían la maniobra. Estas órdenes tenían por objeto el mantener al Noroeste la dirección de la lancha que tendía continuamente á desviarse á impulso del viento y de las olas; la pequeña embarcación luchaba contra las aguas á que estaba entregada enteramente por la posición en que se hallaba, y se balanceaba en medio de la espuma que en ciertos momentos la cubría. Pero el hombre de la proa, sereno é intrépido, no parecia ocuparse del peligro que corría; su mirada penetraba al través de las tinieblas de la noche, aquellos abismos de agua salada que amenazaban tragarle con su débil barca.

Por detrás al lado de la polea destinada á sacar las re-

des, dos hombres miraban con menos intrepidez aquel trastorno de los elementos. El uno era Sanson el *Temible*, el que arrimado al palo movía de tiempo en tiempo la cabeza cuando una ola le bañaba los pies, jurando para sí en voz baja que jamás había visto un tiempo tan malo como aquel en todos los viajes que había hecho, y el que oía estas terribles reflexiones era nuestro amigo el caballero Rolly que, vestido con su nuevo traje, debía comenzar las funciones de prensador de arenques aquella misma noche, en cuanto comenzase la faena de la pesca.

—¡Los arenques! dijo Sanson dirigiéndose al caballero, ya sabía yo que Wilkins los había olfateado desde esta mañana... Ahora vamos á ver, señor mío, si sois á propósito para la profesion de prensador: ¡manos á la obra!

Leopoldo Wilkins se había lanzado á popa de su barco, donde estaban atadas las redes, y con una fuerza hercúlea las levantó con los corchos y los barriles vacíos que formaban el arte de la pesca, para echarlas al mar; pero de repente se paró, tiró las redes donde estaban y se cruzó de brazos con una especie de desesperacion: nadie en efecto podía echar las redes al agua en aquel instante, sin infringir el juramento. La hora no había sonado todavía.

Wilkins midió con una rápida ojeada la distancia que separaba aun su embarcacion de la línea blanca é igual que formaban los peces, y despues advirtió á los pescadores de la lancha inmediata que tambien habían distinguido ya la columna de arenques y trataban de adelantarse á fuerza de remos, para poder echar las redes á la mar en cuanto se oyera la señal convenida.

Por fortuna esta señal no se hizo aguardar mucho, un resplandor que salió de uno de los principales buques, iluminó de repente aquellos mares, y al mismo tiempo resonó tambien un cañonazo. Eran las doce de la noche!

Apenas llegó el eco de la esplosion á los oídos de los dos patrones rivales, echaron las dos redes á la mar á un mismo tiempo; pero Wilkins llevaba una ventaja indisputable al viejo pescador Duldof, y era la de hallarse á muchas brazas mas inmediato al banco de arenques, por lo cual reunía en su favor todas las probabilidades de triunfo.

En cuanto Wilkins echó las redes la lancha mudó de rumbo, y en vez de continuar luchando contra las olas se dejó llevar á sotavento, lo que disminuía muchísimo el peligro de la marejada. Así el caballero principió á volver en sí, y á examinar las particularidades de aquella lucha entre los pescadores, y en la cual se creía él mismo interesado.

Aun no tocaba á la barca la línea blanca de los arenques, y hacia un minuto que las redes flotaban en el agua, sostenidas únicamente por la cuerda flota en que remataban. Wilkins colocó la mano encima de los ojos para que la luz del fanal no le deslumbrase, y contempló la maniobra de su rival. Duldof había seguido la misma táctica, y ya se aprestaba á sacar sus redes, pero su brazo no tenía el vigor de la juventud y se hallaba obligado á valerse de la polea, lo que necesariamente debía ocasionar alguna tardanza.

Leopoldo conoció que su destreza y su fuerza podían darle en aquel momento la superioridad sobre su rival. En las dos redes debían hallarse ya los primeros productos de la pesca, y el triunfo sería para el primero que echase sobre cubierta los arenques: así el joven holandés, sin valerse de la polea, ni pedir auxilio á los otros marineros, tiró con vigorosos puños de la cuerda de las redes; tiró hácia él rá-

pidamente los corchos y los barriles, levantó en sus brazos el pesado aparato y lo arrojó sobre cubierta entre las aclamaciones de entusiasmo de los marineros.

Rolly no se había hallado jamás en semejante fiesta y había perdido su valor completamente; á cada oleada exhalaba un gemido, y tiritando de frio, empapado hasta los huesos, se agarraba á donde podía echando mil pestes por lo bajo contra su necio amor y la venganza de su bárbaro rival.

Un sacudimiento mas terrible que todos los demás hizo crugir el armazon de la barca hasta en lo mas profundo de la cala; el terror arrancó un grito al pobre caballero, cuando Sanson, como todos los demás, permanecía sereno en medio del peligro y le dijo en voz baja:

—¡Ya verás como ese maldito de Leopoldo Wilkins nos hace zozobrar antes que variar de rumbo! El no se ha movido cuando esa ola infernal se ha estrellado á nuestros pies. ¡Qué sosegado está, y que buenos pies tiene! ¡Oh! el banco de arenques no está lejos; todo el día Wilkins ha estado observando el vuelo de las gaviotas hácia la mar, y ha estado estudiando las manchas de grasa que nadaban sobre el agua, y seguramente ha descubierto las señales seguras de la aproximacion de los arenques. Así...

—¡Pero entretanto vamos á zozobrar! exclamó el caballero, retorciéndose las manos de desesperacion.

—¿Qué queréis? respondió el marinero con una sangre fria, aparente tal vez; Wilkins es el que manda aquí y hay que obedecerle... ¿Pero quién se atreve á seguirnos tan de cerca? añadió interrumpiéndose de repente y señalando una luz que daba saltos sobre las olas á corta distancia tras de ellos.

Apesar de sus terrores, el noble gascon echó una mirada tímida en la direccion señalada y distinguió una barca que luchaba valerosamente contra las olas por acercarse á la de Leopoldo.

—¡Ah! ¿se conoce quien es! exclamó Sanson; no es nada menos que el viejo Guillermo Duldof, un pescador del señor Benklau, que sin duda quedó aficionado á la medalla de oro que le concedió el año pasado, el burgomaestre de Amsterdam en premio de la pesca, y cuenta con ganarla tambien este año... Pero paciencia; ¡Wilkins no es hombre de perder la ventaja, y en prueba de esto ya estais viendo!

En efecto, Leopoldo, observando la rivalidad, dió en voz baja algunas órdenes á los marineros, é inmediatamente la barca se lanzó con mas velocidad que nunca por entre los torbellinos de espuma y por entre las rocas á flor de agua. La embarcacion rival se paró como espantada, los remeros temblaban á vista de tanta audacia.

Wilkins, en medio de aquel terrible trastorno, había permanecido en pie á la proa de su barca. De repente dió un grito de alegría, y sin proferir una sola palabra, mostró una línea blanca y fosforescente que se había aproximado hácia él.

—¡Los arenques! ¡los arenques! gritaron los marineros al ver las olas que aparecian como brillantes ó encendidas, con las escamas fosfóricas de los arenques.

Entonces Wilkins comenzó á examinar con avidez los pescados que se habían enredado en las mallas en aquel corto espacio de tiempo; solo dos pendían; el uno pertenecía á una clase de pescados que van delante por lo comun del banco de arenques, que los marineros llaman *farío*, ó *rey*

de los arenques, y vuelven á tirar religiosamente á la mar en cuanto le han cogido; pero el otro era un verdadero arenque con los ojos brillantes, con las escamas lisas y plateadas, un arenque tal como se necesitaba para obtener aquel premio codiciado por todos los pescadores; Wilkins no pudo contener un grito de alegría.

—¡El primer arenque! gritó con una voz de trueno, levantando su conquista sobre su cabeza.

—¡Hurra, hurra, Leopoldo Wilkins! exclamaron los marineros, cuyas vibrantes y sonoras voces se mezclaron al ruido de las olas en los arrecifes, y con el silbido del viento agitando las velas.

Al mismo tiempo salió de la lancha el tiro de una vieja carronada para anunciar la victoria de Leopoldo, señal que se fué repitiendo de uno en otro buque hasta los mas distantes, y el nombre de Wilkins fué anunciado por las bocinas de los capitanes.

Pero Wilkins, pasado el primer momento, recobró su calma ordinaria, y dijo á los marineros aprestando sus redes!

—¡Al avio! despachémonos; hay que ir al instante á presentar nuestra conquista á master Archibald para que dé fé de nuestro triunfo; volvamos.

Despues dijo á Sanson, que estaba examinando atentamente los primeros pescados que estaban á sus pies:

—Arrojá el fario á la mar, eso nos traerá buena suerte.

Los marineros obedecieron, y la barca virando bajo los remos y el timon, se dirigió hácia la escuadra donde debia hallarse el navío de carga donde se habia embarcado Master Archibald. Cuando pasaron inmediatos á la barca de Duldof, el viejo pescador se hallaba tristemente apoyado en su capolea; á sus pies estaban sus redes cargadas de arenques, porque el banco habia tropezado en las mallas, pero un minuto demasiado tarde.

—Buen lance habeis echado hoy, Wilkins, le dijo con acento de envidia, cuando se hallaron al alcance de su voz; pero no os tengo rabia porque hayais sido mas afortunado y atrevido que yo, Dios os lo debia.

Y lanzó un profundo suspiro.

—Este año me tocaba, Duldof, respondió Wilkins respetuosamente, ya os tomareis el desquite en otra ocasion.

Y se alejó muy ufano por haber recibido los elogios del Nestor de los pescadores.

Ahora bien, mientras la barca bogaba silenciosamente y á toda fuerza de remo hácia la escuadra, el caballero habia recobrado su valor, y se sentia casi dispuesto á echarse á reir del miedo que habia tenido. Aproximóse, pues, á su compañero Sanson, y le dijo con mas afabilidad que de ordinario:

—¡Amigo, Wilkins se va á casar con la hija del viejo Archibald! Sin embargo, la burla que me ha jugado ha sido buena...

—Pues añadid que yo tengo mi parte en la aventura. Yo os metí el pañuelo en la boca, y hay que decir que estaba apretado á estilo de marinero.

—Si, si, dijo Rolly haciendo un gesto, pero no te guardo rencor ninguno; él fué quien tramó la burla con esa simple de Gudula que me las pagará. Si pudiese...

—Es muy difícil la venganza, respondió Sanson con una indiferencia afectada; el valor de ese pescado, añadió maliciosamente designando el arenque que estaba á sus pies, es

una de las jóvenes mas lindas y opulentas que hay en las Provincias Unidas.

Rolly fijó en él una mirada inmóvil y penetrante.

—¿Te gusta tanto la buena vida y el desórden cómo cuando vivias en Versalles?

—Ponedme cuando estemos en tierra un puñado de escudos en la bolsa y ya vereis: cuando tengo dinero bebo, y cuando bebo meto ruido. Es lo mismo que en los tiempos de aquel buen capitán...

El caballero, temiendo una nueva edicion de las aventuras del capitán Blaville, le interrumpió diciendo:

—Sabes que cuando me cogiste me quedaban algunos luis. Pues tuyos son; ¿los quieres?

Y el caballero hizo sonar todo el oro que tenia en la mano.

—¿Y qué hay que hacer?

Rolly le dijo dos palabras al oido y un minuto despues el oro habia pasado al bolsillo del marinero.

Entretanto el viejo Archibald acababa de recibir la noticia de que uno de sus pescadores habia tenido el insigne honor de pescar el primer arenque. A esta feliz noticia el rico comerciante se dió prisa á saltar en un bote, y fué al encuentro de Wilkins, para darle un abrazo y la enhorabuena. Un rato despues su embarcacion se encontró con la de Wilkins.

—¿Con qué eres tú el que has vencido este año? le dijo en cuanto estuvo al alcance de su voz.

—Si, señor; respondió Wilkins con modestia.

—Recibirás la recompensa, te lo juro, dijo el gordo comerciante, poniéndose en pié con trabajo en el bote; pero enseñame tus arenques, añadió con impaciencia; deseo saber si serán grandes este año.

El pescador cogió un pescado y lo presentó al viejo que al punto se dirigió al farol.

—¡Toma! no es arenque! exclamó al cabo de un instante; ¡es un fario!

—¿Un fario! repitió Wilkins poniéndose pálido como un papel.

—Míralo.

Wilkins examinó el pescado, y se volvió hácia Sanson con una violenta vivacidad.

—¿Qué pescado echaste á la mar? le preguntó con acento trémulo.

—El fario.

—El fario está aqui.

—Entonces habria dos, respondió el marinero con descaño; la oscuridad nos habrá engañado; estoy cierto de haber echado un fario á la mar, segun es costumbre.

Un momento de silencio reinó á bordo de la lancha. Wilkins estaba consternado y no se atrevia á levantar sus ojos al viejo; éste tenia los labios pálidos, que era en él el indicio mas seguro de que estaba encolerizado.

—¡Habeis querido engañarme! dijo con una voz severa; habeis querido engañar á toda la escuadra contando sin duda con coger despues el arenque que se os escapó en un principio... Es una vergüenza, Wilkins, una infamia que no ha de quedar impune.

Estas palabras severas hicieron hervir toda la sangre de Leopoldo en sus venas.

—¡Preguntad á toda la tripulacion! exclamó desesperado, y todos os dirán que hace un instante habia aqui un verda-

dero arenque: pero ese imbécil de Sanson le habrá tirado por equivocación al mar.

Pocos marineros habían examinado atentamente el pescado que se había cogido, y estos confesaban que habían podido engañarse en la oscuridad, por lo cual no se atrevían á jurar nada. El caballero y Sanson afirmaban por el contrario, que el pescado arrojado al mar era un farío y no un arenque. Al oír esta afirmación positiva, Archibald movió la cabeza, y volviendo la espalda á Wilkins preguntó:

—¿Y qué otro pescador tiene arenques?

—Duldof, le respondieron.

—Duldof obtendrá el premio, dijo el comerciante con un suspiro de dolor.

Y cogió su bocina para anunciar por todas partes la equivocación que se había cometido. Luego sin dirigir una palabra á Wilkins, cuya consternación había llegado á su colmo, entró en su bote, y se volvió á su navío.

—No se casará con la jóven, pensaba Rolly viendo el dolor de Wilkins; mi venganza comienza: para que termine bien, es menester que Gudula y su dinero caigan en mis manos... si no pertenece todo á Cavignon á estas horas.

(Se concluirá.)

## CLAUDIO LORENA.

EL POUSINO Y EL GUASPRES EN LA CAMPIÑA DE ROMA.

¿Qué sitio de reunión mas verosímil para el Pousino y Claudio Lorena, que esa vastallanura de la que se han complacido en idealizar el uno las grandiosas líneas, y en arrebatar el otro el color de aquella atmósfera de oro fluido! La escena que reproducimos es real y efectiva. Estos dos gloriosos contemporáneos no han podido pasar casi toda su vida en Roma, sin encontrarse en medio de sus ruinas, acueductos, templos, sepulcros, trozos de columnas, buscando los dos puntos de vista, estudiando algun efecto de luz, algun movimiento de terreno para adornar una de esas composiciones en que fundian la historia con su fantasía. ¿Y por qué no habían de partir juntos desde por la mañana? Un jóven cuñado del Pousino, Guaspres Dughet, les acompañaba dispuesto á aprovecharse de su amena é instructiva conversacion. A lo largo del camino, Claudio, genio de primer órden, dotado del color como la primavera está dotada de perfume, ha escuchado con admiración las teorías profundas del maestro sobre el paisaje; le está agradecido por haber derogado en su favor sus solitarios paseos; la modestia sienta bien á un ignorante como él que apenas sabe firmar su nombre y servía todavía ayer á la mesa, cuando marcha al lado del sábio pintor que ha medido todas las estatuas antiguas, estudiado la ordenanza de los planes y se ha elevado por el arte de la composición á la gerarquía que otros han conquistado por el colorido ó el encanto del pincel. ¡Con cuánta docilidad se presta á las lecciones del Pousino! Encuentra un sitio; coge el lápiz, y contra su costumbre se prepara á trazar inmediatamente alguna de esas bellas ondulaciones que

agradaban á su compañero. Parece que ordinariamente Claudio no dibujaba en el campo frente á frente de la naturaleza. Impotente sin duda, deslumbrado en su presencia, necesitaba aislarse para reproducirla. Su feliz memoria conservaba á los espectáculos en que había reparado toda su frescura ó su brillo. No sintiéndose ya agobiado por la grandeza de las lontananzas ó cegado por el sol, fijaba el punto de mira interior que había traído de sus correrías.

La naturaleza al pasar por su recuerdo recibía el sello mágico de su talento: no era copiada por él, sino imitada: no porque no supiese representar los árboles cuya esencia se reconocía á la primera vista, no porque preocupado del conjunto, del color, de la mágica, descuidase la verdad de los detalles, sino que la realidad le importaba poco á menos que él no pudiese pensarla mas hermosa.

Su poder brillaba sobre todo en el juego de la sombra y de la luz, sus dibujos groseros de un toque vigoroso, ordinariamente trazados con tinta y realzados con el humo hacían tanta ilusión como sus cuadros. Ha rivalizado con el Pousino por la belleza de los terrenos, la perspectiva de los horizontes, siendo muy superior á él por el toque, el encanto del pincel y las cualidades especiales del paisagista. Pero raramente ha sabido como él, dar un interés humano á sus obras: sus figuras son insignificantes y no viven sino por lo que las rodea.

Confesaba además él mismo su insuficiencia para esto, y con frecuencia se las encargaba á sus discípulos, Lauri y Courtois. ¿Quién le obligaba á colocar figuras en sus paisajes y en sus bosques?

Es que en su tiempo florecía el paisaje compuesto, degenerado despues en paisaje de convencion ó histórico y abandonado por toda la nueva escuela. Pousino adquirió tanta fama por sus cuadros como su Focion, su Viage á Egipto, sus Pastores de la Arcadia, que se creía que lo mejor era imitarle.

Pero Pousino no imitaba á nadie: un paisaje era para él una armonía, una combinación que debía satisfacer los ojos y el alma. Los personajes daban un sentido á los árboles, á las fábricas, á las aguas y no permitían al espectador las conjeturas y las meditaciones que se prefieren hoy. El paisaje compuesto por un genio como el Pousino, frecuentemente no tiene el encanto que se ve en una obra, cuyo asunto es indefinido, pero es mas satisfactorio, mas completo y de mas duración. Únicamente llega un día en que el discípulo dedicado exclusivamente á la especialidad del paisaje no quiere sin embargo abandonar la tradición del maestro: entonces el personaje toma en el lenguaje de taller el nombre trivial de un buen hombre.

Ya no es mas que un accesorio, menos que una rama, y que permite dar alguna variedad en el color del cuadro. Pase al menos si se pudiese consolar uno en los Claudios Lorena con la bella luz, las líneas suaves, la interpretación de la naturaleza. Pero claro oscuro, contornos, verdor, todo es convencional y cae bajo el buen hombre.

Véase aquí adonde llegó la escuela del Pousino cuando se vió en las exposiciones de paisajes hechos de una cascada, de un molino y de árboles amarillos ó negros con un héroe desconocido por delante. Ya no había ni un átomo de vida en aquel arte moribundo en que el pintor abandonaba el modelo siempre jóven y siempre presente, por la imitación de cuadros, que á pesar de su gran mérito, podían haber en-

vejecido. Nada de esto hubiera sucedido si se hubiese seguido el método y el excelente sistema del Pousino, en lugar de copiar sus obras ó aun aquellas que no eran de sus propias inspiraciones.

El primer discípulo del Pousino, el mejor y el mas pérfido también que arrastró el paisaje hasta la trivialidad fué su cuñado Guaspre ó Gaspar Dughet, hijo de un francés establecido en Roma (1613—1675). Sus principios asombraron al Pousino, que se dignó algunas veces pintar algunas figuras en los cuadros del jóven pintor: dibujaba bien, in-

ventaba hermosos sitios, daba á los árboles elegantes contornos, pero sobresalía en pintar los huracanes, las tormentas, los movimientos imprevistos.

Repárese que nada de esto se presta al capricho, sino que era hijo de la observacion. Esto es lo que sucedió á Guaspre. Despues de haber seguido prudentemente el camino de su maestro y sorprendido su manera de pintar no hasta tal punto que pudieran llamarle el Pousino, se volvió hácia Claudio Lorena, cuyas sábias degradaciones y luminosos horizontes envidiaba. Desde entonces, su pintura ya



Claudio Lorena, el Pousino y el Guaspre.

fácil se escapó en incoherencias, en rarezas sin razon y fué un mosaico de palacios, granjas, rocas, arroyos, árboles torcidos y figuras mal justificadas. Ya no se volvió á ver en él al maravilloso artista que había cubierto de vastos frescos los muros de San Martino del Montí. Buenas ó malas sus obras recuerdan siempre al Pousino por los edificios y las aguas. Con frecuencia se ve una especie de aldea sobre una gran roca y en lontananza una série de edificios dominados por una gran torre redonda.

Un río en el primer término y dos ó tres sábanas de agua formando cascada. Quien ha visto un cuadro de Guas-

pre ha visto ciento; pero es preciso haber visto uno. Sus contemporáneos se los arrebataban de las manos, no había cardenal, príncipe ó persona poderosa y rica que no le encargase uno; estaba fatigado son tanta obra, así es que ganó mas de treinta mil escudos romanos, en un tiempo en que el Pousino aceptaba ciento cincuenta libras por una obra maestra. A pesar de su boga constante murió pobre, la caza, los festines, las orgías y una enfermedad de dos años apenas le dejaron con que poder enterrarse.

MANUEL GUZMAN.